

Y
3794
EJ.1
1879

*Dr. D. D. Tomas Lucero
Autor.*

F.A.E.S.
Biblioteca

UNA NOCHE
DE ANGIUSTIAS

POR

UNIVERSIDAD
FAFIT

Biblioteca
DEMETRIO VIANA

Sala de Patrimonio Documental

1879.

MEDELLIN.

Imprenta del Estado.—Director, Diego Lince.

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental



UNA NOCHE DE ANGUSTIAS.

Al señor doctor José María Quijano O.

-Lector, ¿has sufrido?
-No.
-Este escrito no es para tí.
C. CANTÓ.

I.

En 1876 el Estado de Antioquia se lanzó en la guerra.

Yo, actor en este sangriento drama, no soy llamado á decidir, si tuvo ó no razon para ello.

Yo era enemigo de la guerra.

Tengo la conviccion de que la guerra no da más que soluciones transitorias; de que ella no resuelve ningun problema ; y de que, por el contrario, enmaraña y complica los problemas mismos que aspira á resolver.

Cuando las matanzas han cesado; cuando los nublados se deshacen, despues de la tormenta; cuando el fragor de los combates se disipa y se pierde en el espacio; cuando la atmósfera se serena y deja vislumbrar en los lejanos horizontes las tibias alboradas de la paz, surgen de repente nuevos pavorosos problemas que piden una solucion.

Se alzan entónces en remotas lontananzas leves nubecillas que se van condensando poco á poco, hasta que forman nubarrones que se destacan á lo léjos como negros promontorios.

La tempestad reaparece; la tormenta agita de nuevo y conmueve las ondas y hierve el mar como una inmensa caldera.

La guerra entre la Francia y la Alemania no terminó con la capitulación de París.

La Francia fué vencida y humillada; se desmembró su territorio y se le arrancó una fabulosa indemnización.

La paz se compró al precio del honor frances; pero esta paz no es más que una tregua.

Las heridas hechas á la Francia, no se curan ni cicatrizan, sino con el bálsamo corrosivo y deletéreo de la venganza.

Un día,—sólo Dios sabe cuando,—un día la Francia se alzaré regenerada y engrandecida por el infortunio; y retará de nuevo á su afortunada rival.

Y la lucha será titánica; el fragor de las batallas conmoverá toda la tierra; la sangre formará anchurosos rios y enrojecerá los mares; las tinieblas cubrirán el Continente europeo; y cualesquiera que sean los resultados de esta lucha gigantesca, quedará en pié un nuevo problema, que será preciso resolver.

En 1862 fué vencido en Colombia el partido conservador, el cual quedó despues de su derrota aniquilado y disperso.

Y, sin embargo, la victoria obtenida por el partido liberal, no fué definitiva.

Las proporciones que alcanzó la guerra de 1876, son una prueba perentoria de esta verdad.

En 1877, fué vencido de nuevo el partido conservador; y tal vez hoy se siente más inseguro su afortunado vencedor, que antes de aquella lucha desastrosa.

Y un día,—sólo Dios sabe cuándo,—un día se recomenzará la lucha; y será porfiada, y sangrienta, y desoladora; y no será la última, ni asegurará la paz de la República.

Véase, pues, que tengo razon para decir que la guerra no da soluciones permanentes.

La guerra engendra la guerra, como la paz engendra la paz.

II.

Yo era enemigo de la guerra; pero comprometido en ella el Estado, yo debia correr la suerte de éste, y la del partido á que pertenezco.

Y la corrí voluntariamente.

El General en Jefe del Ejército antioqueño me señaló un puesto en el Estado mayor general de dicho Ejército; y lo acepté.

Cuando regresé á esta ciudad el 29 de Agosto, despues de mi infructuosa comision y calumniado viaje á la Capital de la República, ya mis dos hijos mayores habian sido llamados al servicio militar, y destinados al Ejército del Sur.

Tenia, pues, un estímulo más, para aceptar el puesto que se me habia señalado.

Con el objeto de incorporarme al Ejército, emprendí viaje para el Sur el día 3 de Setiembre, acompañado de mi hijo menor.

Supe el 4, al llegar á Abejorral, el desastre de Los-Cháncos. Forzamos la marcha, y llegamos á Manizáles el 7 poco despues de medio dia.

Allí permanecimos hasta el 6 de Noviembre en que emprendimos marcha para el Tolima. El Ejército que hizo aquella campaña habia marchado ántes.

El 9 lo alcanzámos, mi hijo menor y yo, en Santo-Domingo.

III.

El Ejército llegó el 11 á Santa-Ana, y bajó el 13 al llano de Garrapata. Mis dos hijos mayores me habian precedido en esta marcha, la cual hicieron á pié.

El 17 se acercó á nuestro campamento el Ejército enemigo y quedó avistado con el nuestro.

Desde el centro de nuestras posiciones se veian flamear sus banderas izadas, y blanquear sus toldos de campaña.

De este dia en adelante, era inminente una gran batalla.

Cerca de la oracion de este dia, recibí una esquela escrita con lápiz, en la cual mi hijo mayor me decia: "Papá: mándenos *algo* que lo estamos pasando muy mal".

Esto queria decir que estaban pasando *hambre* mis dos mencionados hijos!

Ellos y yo no estábamos juntos, aunque hacíamos parte de un mismo Ejército.

El 18 bajó á mi toldo el menor de ellos. Venia en busca de auxilios; y como yo comprase en su presencia algunas provisiones para darle, me dijo, con la melancólica sonrisa que le era habitual: "Papá ¿usted tiene con qué pagar? y si no, yo tengo. He resultado mui rico ahora."

Abrió su cartera, y me mostró el caudal de que alardeaba. Ascendia á siete reales y medio!

¡Todo le sobró!!

En este dia hubo un pequeño tiroteo entre las avanzadas de los dos Ejércitos, y algunas escaramuzas el 19.

Departiamos en sabrosa plática al principiar la noche de este dia, mis compañeros de toldo y yo. La conversacion tomó de repente un carácter melancólico, y hablámos de la proximidad de la batalla.

—Y si da la desgracia, decia uno de ellos, de que nos derroten ¿por dónde nos iriamos para Antioquia, caso de salvarnos?

—Yo no me podria ir, le contesté.

—¿Por qué nó? me dijo sorprendido.

—Porque tengo tres hijos en el Ejército; y no podria pensar en salvarme, sin saber qué suerte les toca.

—Tienes razon! me contestó, conmovido.

El 20, como á las ocho y média de la mañana, le avisó un Ayudante al General en Jefe, que el enemigo movia parte de sus fuerzas sobre la Hacienda de San-Felipe.

Inmediatamente se dió la voz de *alarma!* y poco despues, el ruido de las descargas atronaba el espacio y cansaba los ecos!

Luégo que hube cumplido algunas órdenes que me dió el Jefe, fui á

Donación X1-95-Fam/1990

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

saludar á mis dos hijos mayores, los cuales hacian parte de la fuerza que cubria el ala izquierda del "Alto de la Ametralladora", y á quienes no veia desde dos dias ántes.

Estuve en festiva plática con ellos, y les llevé algunas provisiones. Mi hijo menor me acompañó á esta visita.

No pasó por mi mente ni un pensamiento amargo!

IV.

Después bajé en una comision trjente al llano; y al regresar al mencionado "Alto", me tendí á descansar en el toldo del Tesorero general del Ejército, pues habia hecho el viaje á pié y corriendo.

Allí dejé á mi hijo menor, con orden de no salir á ninguna parte.

A un *toque de carga*, dado seguramente por error, avancé hácia la Ametralladora. No hubo tal carga.

Al llegar á la trinchera que servia de fortificacion á aquel punto, encontré agonizando al interesantísimo jóven del Tolima, señor Ignacio Uribe, quien acababa de recibir un balazo en la cabeza.

Eramos amigos. Al verlo fui dolorosamente sorprendido.

El sol enviaba sus abrasados rayos sobre aquel moribundo.

Ayudado por algunos de los que allí estaban, lo trasladé á la sombra que proyectaba un árbol; me quité una *bufanda* de lienzo que llevaba y le hice con ella una pequeña cabecera.

Poco después espiró!

Cuando este malogrado jóven exalaba el último suspiro, elevé al Cielo, desde el fondo de mi corazón, una fervorosa plegaria; y exclamé, dejando caer una bendicion sobre el moribundo:

"Dios mio, perdonadle!"

No sé por qué, pero creí que Dios habia acogido benigno aquella súplica, y que le habia otorgado perdon al que acababa de dejar la vida; y de comparecer ante su Augusta majestad, en cumplimiento de un gran deber.

Cubríle la cara al jóven Uribe con su sombrero de anchas alas; y luego me ocupé con otros en cargar las *curvas* de la Ametralladora.

Poco rato después llegó á aquel punto el excelente jóven bogotano, señor Francisco Gutiérrez, Ayudante del bravo Casabianca; levantó el sombrero que cubria la cara del muerto, y en la fisonomia de aquel jóven se pintó la expresion de una indefinible sorpresa.

Ignacio era su amigo, su condiscípulo y su compañero.

El jóven Gutiérrez exclamo conmovido: Ignacio!

Pero sus ojos y los míos permanecieron secos. Teniamos el deber de ahogar nuestras lágrimas.

Por otra parte, en medio del fragor del combate, y de las emociones y peripecias de la batalla, la sensibilidad se enerva, y ve uno, con cierta estúpida indolencia, escenas desgarradoras y terribles.

Es una fortuna!

El jóven Gutiérrez sacó del bolsillo de su blusa un Crucifijo de marfil enclavado en cruz de ébano; lo puso sobre la boca entreabierta, y muda para siempre, del cadáver, y descubriéndose, murmuró una oracion.

V.

El fuego que se hacia sobre ese punto, era incesante, nutrido y certero. La muerte batia de continuo sus hoscas alas sobre nosotros; y dejaba oír el ruido de sus pasos, semejante al zumbido de un insecto ó á un lejano y misterioso suspiro.

Allí permanecí hasta cerca de la oracion, hora en que el fuego amainó. Debo confesar una cosa, aunque hacerlo me cueste trabajo y me dé algo como vergüenza y remordimiento.

En cerca de cinco horas que permanecí en aquel lugar, no llegó á preocuparme la suerte de mis tres hijos.

Una ciega confianza, una feliz imprevision, me daban la creencia inconsciente de que ellos no corrian peligro alguno.

Y acaso las emociones de la lucha, el vértigo que produce y los peligros que apareja, vuelven á uno supremamente egoista.

Oh! cuán insensata y despiadada será la guerra, cuando es capaz de hacer que un padre olvide el peligro que amenaza á sus hijos!

Cerca de la oracion me fuí á buscar la mula en que habia cabalgado aquel dia, la cual estaba oculta y amarrada en un pequeño bosque.

Monté, y seguí, por un camino difícil, hácia el punto en que habia visto á mis hijos mayores la última vez.

Supe, ántes de montar, que mi hijo menor se habia ido para el Llano á buscarme, pues ignoraba mi paradero.

En el pequeño trayecto que tenia que recorrer, encontré á un soldado, a quien le pregunté:

—¿Qué hay de los muchachos Vianas?

—Al Teniente Viana lo mataron, me contestó, acaso ignorando que yo era el infortunado padre de aquellos:

Hay no sé qué instinto que nos hace rechazar como inverosímil aquello que nos desgarrá y martiriza; á la vez que nuestra imaginacion se complace en convencernos, de que lo porvenir nos trae siempre en sus pliegues de tinieblas la más insólita amargura y los más crueles desengaños.

Aquel instinto es algo como una ráfaga de esperanza, que viene á acariciar nuestro corazon y á templar sus dolores, en presencia misma del infortunio que nos amenaza.

Estas lúgubres imágenes son hijas del temor que nos inspira lo desconocido.

Yo no di, no podia dar crédito á tan aciaga noticia; pero apresuré, sin embargo, el paso, y llegué al punto donde habia visto á mi hijo mayor en la mañana de aquel dia.

Allí lo hallé sano y salvo; lo abracé con efusion y con infinita alegría.

Este era el Teniente Viana.

No era, pues, cierto que lo hubieran matado. Creí conjurada la desgracia que se me anunció tan bruscamente.

Pero inquieto por la suerte de mi otro hijo, le pregunté con ansiedad al mayor:

—¿Qué hay de Emilio?

—No sé, papá. Averigüe pronto y avíseme, me contestó.

Volví hácia la derecha, y me dirigí al punto donde lo habia visto, sin sospecharlo, la última vez!

No estaba allí!

Una congoja mortal helaba mi sangre y prensaba mi corazón.

Seguí recorriendo la línea á la derecha, y de repente me encontré con el Coronel Lorenzo Estrada, Jefe de la fuerza de que hacia parte mi hijo.

—Coronel, le dije con indecible angustia ¿dónde está Emilio?

—Allí está en mi toldo, herido.

—¿Herido no más, Coronel?

—No lo engaño; está muerto..... me dijo abrazándome.

No sé lo que pasó por mí.

Ni un grito se escapó de mi pecho, ni una lágrima de mis ojos!

El estupor, ese benéfico estupor que causan las grandes sorpresas y los grandes dolores, se habia apoderado de mi espíritu, y ahogaba los instintos del corazón.

VI.

Corrí, solo, al toldo del Coronel Estrada, toldo que me era muy conocido. De tantos parientes y amigos que tenia en el Ejército, ninguno podia acompañarme.

Oh! No hay soledad igual á la que se experimenta en un campo de batalla!

No hay indolencia semejante á la que se apodera de los corazones en un día de combate.

Enardecidos los hombres; presa de los instintos feroces y del vértigo que los llevan a la matanza, ven sin conmoverse esas escenas de sangre y de horror; y ni el aspecto pavoroso de la muerte los hace trepidar.

Hay entónces no sé qué mezcla de egoismo y de generosidad: ésta los lleva hasta el sacrificio; y aquél los hace indiferentes á los ayes del dolor, á los gritos de desesperacion y de agonía exhalados por las víctimas!

Llegué solo al toldo.

Eché pié á tierra, y, sin cuidarme de mi caballería, entré.

Solo, tendido en el suelo, cubierto con un *bayeton*, habia un cadáver.

Alcé, temblando, la punta de aquel sudario.

El rostro pálido y ensangrentado de mi hijo se ofreció á mis ojos!

Me arrodillé delante de aquel cadáver, frio é indiferente á mi inmenso dolor; lo abracé convulsivo; junté mi cara á aquella cara helada por el hábito pavoroso de la muerte; y de mi pecho se exalaban rugidos que lo desgarraban, y de mis ojos corrian abrasadas y rebeldes lágrimas que se mezclaron con la sangre de mi hijo!

Un momento despues se encendió un fuego nutridísimo sobre la trinchera donde acababa de dejar á mi hijo mayor.

Entónces se me prensó horribilmente el corazón y se nubló mi espíritu. La idea de que pudieran matarme á este hijo en el momento mismo en que yo abrazaba aquellos despojos queridos, se apoderó de mi alma y me torturaba despiadada.

Ese fuego duraria diez minutos, que fueron una eternidad para mí.

Cuando se apagó, salí fuera del toldo, y desde una pequeña eminencia, grité con acento lleno de lágrimas, de ansiedad y de desesperacion:

—Ricardo Viana!

—No me puedo mover de mi puesto, me respondió mi hijo.
Algo como una ráfaga de alegría me trajo aquella voz querida.
Alegria! he dicho, alegría! en medio de tanto dolor!
Oh! misterios insondables.

Yo no sé; pero un alivio, un consuelo; un lampo de luz en medio de las densas brumas que rodeaban mi espíritu; un rayo de esperanza para mi corazón próximo á romperse, todo eso y más habia en esas pocas palabras.

Aquella respuesta serenó algo la tempestad que agitaba todo mi ser; reanimó mis fuerzas agotadas, é hizo lucir en los senos recónditos de mi alma el faro místico de la resignacion.

VII.

A ese tiempo pasaba por cerca de mí el Jefe del batallon á que pertenecia mi hijo mayor.

—Mándeme, le dije, á Ricardo. Vea mi situacion.

De allí mismo dió la órden.

Algunos momentos despues, llegaban á aquel punto, por opuestas direcciones, mis dos hijos.

Ellos ignoraban la terrible verdad, aunque hacia más de cuatro horas que el doloroso suceso habia tenido lugar.

—Mataron á Emilio, les dije, con voz desfallecida y apagada, mostrándoles el cadáver; y nos abrazamos deshechos en llanto.

Terrible debió de ser aquel grupo!

Calmado un tanto este primer acceso de dolor, nos arrodillamos, y levantando los ojos y las manos al Cielo, con sincero y fervoroso acento exclamamos:

“Gracias, Señor, que probais nuestra fe con tan rudo padecer!”

¿Qué fuera del desgraciado sin la resignacion?

En ese instante pasaba por allí á caballo el General en Jefe, y al oir llanto, preguntó como enfadado:

—¿Quién llora aqui?

—Yo, le respondí alzándome. Mataron á Emilio.....

—¿Cuánto lo siento! me dijo abrazándome.

—Me voy á llevar el cadáver á Mariquita.

—Bueno.

—Pero me llevo á mis dos hijos.

—No, dijo. Ricardo que se quede en su puesto.

Obedecimos sin replicar.

El Jefe siguió su interrumpida marcha.

Convinimos entónces en trasladar aquellos restos queridos á la casa de la Ambulancia, que era nuestro hospital de sangre.

Mis hijos, ayudados por algunos amigos suyos, se encargaron de esta operacion.

Yo me adelanté solo hácia el llano á buscar peones para conducir el cadáver á Mariquita.

Inútiles fueron mis esfuerzos. Volví solo y desalentado á la Ambulancia.

Allí, debajo de un toldo armado en el corral al pié de un árbol corpulento, puesto sobre una *barbacoa* improvisada por algunos buenos cristianos, á quienes Dios pague esta buena accion, estaba el cadáver de mi hijo.

Su cabeza ensangrentada descansaba sobre una pobre almohada de paja.

A su lado, tendido en el suelo, se hallaba el cadáver del jóven Ezequiel Vélez.

Unas mujeres, de esas que van á los campamentos á compartir con tanta abnegacion las fatigas y los peligros del soldado, y que tan útiles, espontáneos, desinteresados y oportunos servicios prestan, acompañaban á los cadáveres, y por un sentimiento de piedad, tan ingénito en la mujer, les habian puesto unas velas alrededor.

Allí estaban tambien mis hijos y algunos parientes y amigos suyos.

VIII.

Determinamos entónces bajar el cadáver hasta el toldo del General Obdulio Duque, donde creia yo que se me darian cuatro soldados de la intrépida Division Giraldo, para conducirlo hasta Lumbí, límite Norte de nuestro campamento.

Cuatro jóvenes decentes se ofrecieron voluntaria y generosamente á cargar los restos desde la Ambulancia hasta aquel toldo.

El cadáver estaba descubierto, y colocado apénas sobre su lecho de muerte.

Era preciso cubrirlo, y *amarrarlo á tan extraño féretro*, para que no se cayera.

Mi hijo menor se quitó su ruana para que sirviera de sudario; y yo hube de desmontarme y de quitarle el cabestro á mi caballería, para atar con él á tan lúgubre lecho el cadáver ensangrentado de mi hijo!

Emprendimos la marcha. Mi hijo mayor se despidió de nosotros, y fué á ocupar su puesto.

Anduvimos como un kilómetro, por un piso húmedo y pantanoso, y llegamos cerca de las nueve de la noche al toldo del valeroso y modesto General Duque.

No me engañé: el noble, y gallardo, y jamas bien sentido General, me acogió con la genial benevolencia de su carácter; dió orden para que se me prestara el auxilio que pedia y algunos otros; y poco despues estaba en marcha el convoy fúnebre.

Yo, conecedor del camino que debiamos recorrer, abria la marcha; me seguia mi hijo menor, quien llevaba luz en un farol de trapo, para alumbrarles á los cuatro soldados que iban cargando el cadáver.

La noche estaba cuajada de tinieblas, con las cuales formaba un extraño contraste la vívida luz de las hogueras de nuestro vivac, que se veian desde léjos como cocuyos gigantescos.

La marcha se hizo en obstinado silencio, y sin ningun incidente digno de referirse.

Despues de caminar como dos kilómetros, llegamos á la casa que queda en el extremo Norte del llano de Garrapata. Allí hicimos alto.

El cadáver fué depositado en el angosto corredor de aquella casa, la cual estaba, como éste atestada de heridos.

Los cuatro soldados que tan bondadosamente me prestaron aquel inolvidable servicio, regresaron á su campamento.

Yo le di á cada uno *sólo un real*, pues todo mi capital ascendia á cuatro reales!

Quedé literalmente sin un centavo!

IX.

Volvimos, mi hijo menor y yo, al *llano* en busca del toldo del General Teófilo del Río, con el propósito de pedirle cuatro soldados de las fuerzas de la *Cordillera*, compuestas de antioqueños domiciliados en el Tolima, para seguir la interrumpida marcha.

Las densas tinieblas de la noche, anunciaban uno de esos fuertes aguaceros que caen siempre despues de una batalla.

Un viento Norte, impetuoso y helado soplabá sin cesar. Poco despues llovía á cántaros.

El viento nos apagó la luz del farol, y perdidos y sin rumbo, anduvimos largas horas en aquel extenso *llano*.

Por fin dimos con el toldo del General del Río. Pregunté por éste, y se me contestó que dormía.

Convencido de que á esa hora y despues del largo y recio aguacero que aún nos azotaba, no era posible seguir la marcha; y juzgando que podía ser una falta de consideración despertar á un Jefe que había estado lleno de atenciones y rodeado de peligros durante el día, no quise que se le despertara.

Volvimos bridas entónces hácia la casa en que habíamos dejado el cadáver.

Despues de un largo andar, siempre azotados por el agua y por el viento, llegamos á aquella casa.

Pero como en ella no había materialmente donde posar nuestro pié, resolvimos ocupar un toldo vacío que se hallaba cerca de aquel lugar.

El piso del toldo estaba inundado, y su atmósfera viciada por las fetidas y nauseabundas emanaciones de un matadero, que distaba poco de allí.

A pesar de todo, debimos aceptarlo por albergue.

La lluvia continuaba, aunque no tan fuerte como ántes, y el viento Norte, cargado de humedad, no cesaba de soplar.

Escogimos el punto más conveniente para poner las monturas, y luégo que hubimos desensillado y amarrado á unos cercos nuestras caballerías, fuimos á trasladar el cadáver de la casa en que lo habíamos dejado al toldo.

El agua y el barro del camino cubrían nuestros piés hasta el tobillo cuando hicimos este viaje.

El cadáver había sido confiado á unos heridos de los que se hallaban en el corredor donde lo dejamos.

En aquella casa no había más hombre útil que el centinela, el cual ni podía abandonar su puesto, ni respondernos una palabra.

Hubimos, pues, mi hijo menor y yo, de cargar aquellos restos queridos.

Yo tomé, del lado de los piés, los barrotes de la *barbacoa* que servia de féretro; mi hijo del lado de la cabeza.

En la punta de uno de los barrotes, colgué el farol, ya encendido; y abrí la marcha.

La distancia que teníamos que recorrer era como de cincuenta metros.

La recorrimos con no poca dificultad, ya por lo malo del piso, ya por el estado de nuestro espíritu.

Llegámos á la posada elegida, cargados con aquella preciosa carga. Eran las doce y média de la noche.

La depositámos en el lugar ménos mojado y más al abrigo de la lluvia, la que se habia convertido en una llovizna tenaz.

X.

Al lado de aquel toldo habia otro, en que se hallaban unas cuantas mujeres, un anciano y un niño; pobres gentes que habian llegado al campamento á llevar auxilios á sus deudos.

Cuando una de aquéllas nos vió llegar, con tan extraña carga, semejantes acaso á fantasmas salidos de una tumba, se incorporó, y dirigiéndose á mí, preguntó:

—¿Está muerto, ó herido?

—Muerto, la respondí.

—¿Quién es?

—Un hijo mio.

—¿Cómo se llamaba?

Oh! cruel pretérito.

—Emilio Viana, la contesté, con voz ahogada por las lágrimas.

Entónces el anciano, como movido por el poderoso resorte de los recuerdos, se incorporó y me dijo:

—¿Cuál de los Vianas es usted?

Era claro que me conocia.

—Demetrio, le dije. ¿Y usted quién es?

—José M.^a Améztica, me contestó.

Eramos casi amigos. El tiempo con sus implacables injurias, la ausencia, la penumbra y la situacion de ámbos, habian impedido que nos reconociéramos.

El anciano se levantó, y me estrechó la mano con el interes que inspira la sincera compasion.

Despues, junto con aquellas piadosas mujeres, entonó un *Rosario* por el descanso del alma de mi hijo.

Era solemne aquella voz quebrantada por los años, en medio de aquella agreste naturaleza, de aquella intensa oscuridad, de aquel profundo silencio, interrumpido á intervalos por las descargas que se oian hácia la parte Sur de nuestro campamento, por el monótono ruido del viento al azotar el follaje de los árboles, y por el *alto ¡quién vive?* que daban á lo léjos los centinelas.

Un contraste melancólico formaba la voz cascada del anciano con el delicado timbre de la voz de las mujeres, que tiene no sé qué inefable y tierna melodía, cuando ellas elevan fervorosas plegarias.

Parece que Dios le hubiera dado ese acento á la mujer sólo para orar;

porque cuando ora, especialmente en ocasiones solemnes, hay en cada nota suya una súplica, un suspiro, una lágrima!

A ese concierto doloroso, se unieron nuestras oraciones, impregnadas de sollozos y de lágrimas.

Cuando hubimos acabado aquella piadosa tarea, tratamos de descansar.

El anciano y las mujeres volvieron á sus pobres y rústicos lechos. Mi hijo menor y yo, nos sentamos sobre los sudaderos y nos recostamos sobre las monturas.

A pesar de que el clima es ardiente, estábamos ateridos.

Yo quedé colocado entre mi hijo menor y el cadáver de Emilio: éste á la derecha; á la izquierda aquél.

Pocos instantes despues mi hijo menor fué vencido por el sueño, y se durmió.

Una idea melancólica surgió entónces en mi mente y me desgarraba el alma.

Estaba en medio de dos hijos: el uno dormia el sueño perdurable y misterioso de la muerte; el otro despertaria bien pronto, y sentiria la cruel renovacion de sus dolores!

Ni un instante de sueño vino á serenar las tempestades de mi alma.

Estaba sólo, faz a faz con mi dolor.

El viento apagó la luz que yo habia dejado, por piadosa costumbre, para alumbrar el cadáver.

Una densa oscuridad lo envolvía todo.

El silencio era terrible, y parecia hacerse más intenso con el ruido pausado de las descargas, con el siniestro y lejano ladrido de los perros, y con la voz de *alerta!* de los centinelas.

De repente vi salir de un pobre rancho, poco distante de nuestro toldo, a un hombre provisto de una vela encendida; llegó hasta donde estaba suspendido el farol en que yo habia dejado la luz que apagó el viento; puso allí la vela que llevaba; se descubrió delante del cadáver y recitó en voz baja algunas oraciones.

Cuando hubo acabado esta obra de misericordia, tan tierna y tan espontánea, le dije:

—¿Quién es usted?

—Juan Correa, me respondió.

—De dónde?

—De Rio-Negro. Estoy en la fuerza de Pensilvania.

—Dios le pague lo que acaba de hacer, le dije sollozando.

—Amen, me contestó, y se fué.

XI.

Mi hijo mayor habia quedado en su puesto, segun la órden de nuestro Jefe.

Su dolor sin consuelo, su soledad, sus penalidades y sus peligros, todo estaba,—por esa doble vista de padre,—presente á mis ojos, y oprimia despiadada y cruelmente mi corazón.

Cada vez que oia una descarga, sentia que un frio intensísimo ateria mis miembros; y una terrible ansiedad, una indecible congoja, un horroroso presentimiento, se apoderaban de mi alma, y la torturaban.

Cuando veia que mi hijo arrostraba un peligro inminente; que la muerte batia al rededor de él sus misteriosas alas; que en un instante inconmensurable podia morir, sin que nadie recogiera su último suspiro; cuando se ofrecia á mis ojos extraviados y á mi mente delirante, tendido en el suelo, ensangrentado y exánime, cubierto de esa repugnante palidez, que es como el sudario de la muerte, un sudor glacial corria por mi cuerpo, y un grito de horror ahogado por mis sollozos, se exhalaba de mi pecho.

Yo no me sentia capaz de sobrellevar una nueva desgracia; de soportar un nuevo rudísimo golpe.

Esto me daba miedo y abatia las fuerzas de mi espíritu.

A veces no sabia donde estaba; sentia como rota la unidad de mi conciencia, y no podia darme cuenta de mi situacion.

Trataba entónces de recoger mis ideas y de anudar mis recuerdos,

Vano esfuerzo!

Veia lo pasado en confusa lejanía, y dudaba de la realidad de lo presente.

Me ereia presa de una horrorosa pesadilla, y aguardaba que al despertarme se disiparia todo, como se disipan los fantasmas de la noche, al despuntar las claridades de la aurora.

Vana esperanza!

Sólo una dicha tuve en aquella aciaga é inolvidable noche.

¡Una dicha! en medio de tanto dolor!

Si. El cáliz del infortunio es inagotable; y no hay quien haya libado tanto de él, que haya apurado hasta sus hoces amargas.

¿No es una dicha ahorrarse una pena?

¡Tal vez no!

“Hay un lujo en sufrir.”

No sé por qué nos complacemos en desgarrar nuestro propio corazón!

Hay como un consuelo inefable, como un placer salvaje, en presenciarse escenas que nos arranquen lágrimas, que restreguen é irriten las heridas de nuestra alma.

El estupor en que me habia sumido la desgracia, me hizo olvidar de los pedazos de mi alma que estaban lejos de mí, y que ignoraban, y no podian prever siquiera, todas las amarguras de mi espíritu, y la inmensa desolacion que habia caido sobre nuestro pobre hogar!

XII.

Aunque las horas del dolor son lentas y pausadas, al fin pasó aquella noche; y han pasado tantas despues!

La aurora del 21 lució,—tras largo y penoso aguardar,—en los lejanos horizontes, más allá de las cumbres azuladas de la Cordillera oriental, y vino á iluminar un campo de desolacion y de estrago.

Gracias á los oportunos servicios de los señores D. Benito y D. Juan B. Navarro, y á las órdenes de mi buen amigo, el señor doctor Cuervo, pude continuar mi marcha como á las ocho del dia.

En el trayecto hubo un incidente doloroso.

Al llegar á “La-Guardia”, uno de los cargueros resbaló y cayó. Los otros no pudieron conservar el equilibrio del cadáver, y éste fué al suelo!

Algo como un vértigo de horror pasó por mí: se nublaron mis ojos y se paralizaron los latidos de mi corazón!

Mariquita, la ciudad arruinada, era la cuna de mis mayores, y allí fui á depositar los restos de mi hijo.

No quedaban sus huesos en tierra extraña.

Quién sabe dónde quedarán los de su padre!

Condujimos el cadáver á la casa del señor D. Benito Navarro. Allí lo lavé y lo vestí. De allí salimos para la iglesia.

Los señores D. Benito y D. Juan B. Navarro, D. José Manuel Paris, D. Aquilino Linares, doctor D. Manuel Fernández y D. David Escobar, cargaron el humilde féretro en que pusimos aquellos restos preciosos.

En el templo hallamos el cadáver del joven Ignacio Uribe, el cual iba á recibir junto con el de mi hijo, "las lágrimas y las oraciones que la Iglesia le da á cada tumba".

El canto fúnebre, majestuoso y solemne, me conmovió profundamente.

En medio de esta lúgubre solemnidad, recordé que mi hija mayor cumplía años ese día. "Oh! que cruel ironía de la suerte! Qué cumple-años tan amargo!" exclamé.

El recuerdo de mi familia se clavó entonces tenaz en mi memoria; y el considerar su situación cuando recibiera la triste nueva de la súbita é infinita desgracia, que habia venido á enlutecer para siempre el hogar, me affigia sobre toda ponderación.

Pero tuve el consuelo de llorar!

Concluida la ceremonia fúnebre, condujimos los dos cadáveres al cementerio; y allí les dimos humilde sepultura.

Yo arrojé sobre el féretro de mi hijo la primera palizada de tierra, y entoné, con los circunstantes, el *Credo*.

Esta profesion de fe hecha al borde mismo de la tumba, en presencia de los despojos de la muerte, delante de lo desconocido que se abre para recibir un cadáver, y se cierra despues para devorarlo; esta profesion de fe, hecha con el corazón desgarrado por el dolor, tenia algo de infinitamente tierno, y derramaba en el alma un suavísimo consuelo y una firuísima esperanza!

¿Qué fuera del desgraciado sin la fe?

Entonces comprendí estas palabras del señor D. Eugenio Díaz, al hablar del entierro de Rosa, uno de los personajes de su *Manuela*:

"El pueblo rezaba el *Credo* en voz alta, y era sublime oír aquel 'Creo en la resurreccion de la carne y en la vida eterna', pronunciado delante de los sepultureros, que en ese momento apretaban la tierra, para incorporar en su seno la carne y los huesos de Rosa."

Poco despues, todo estaba concluido....

Todo? No. Me quedaba un dolor sin consuelo, un vacío que nada puede colmar!

En la tarde del día 21 regresamos al campamento, desandando el camino por donde habiamos pasado por la mañana con tan lúgubre procesion.

La suerte de mi hijo mayor me preocupaba.

No lo vi, sin embargo, hasta el día 22.

En este día subí al "Alto de la Ametralladora"; y me hice conducir al punto donde habia muerto Emilio.

Murió al pié de un árbol.

La tierra arenisca que recibió su cadáver, estaba aún empapada con su sangre.

Recogí, y conservo, aquella tierra ensangrentada.

¿Cómo, preguntará alguno, pude soportar tantos dolores y asistir á tan desgarradoras escenas, sin que se me rompiera el corazón?

Séigas, el inspirado escritor, lo ha dicho:

“Al padre le corresponde amortajar á su hijo, porque su hijo al venir al mundo es el que le ha traído del Cielo, el augusto nombre de padre.

“Al hermano le corresponde enterrar al hermano, porque ellos, al venir á la vida, al dormir en un mismo regazo, al mecerse en una misma cuna, se han traído mutuamente el santo nombre de hermano.

“¿Quién puede negarles tan sagrados privilegios?

“¿Quién? El dolor pusilánime, la pena egoísta, los espíritus débiles.

“¡Cosa singular! Cuanto más honda es la pena, más animosa se siente el alma para cebarse en ella; porque no hay un valor semejante al que se despierta en los corazones varoniles, cuando se ven acosados de grandes dolores.”

Yo comprendo toda la filosofía de estos sublimes conceptos.

En la casa del señor D. Benito Navarro, convertida en Hospital de sangre por la benevolencia de la esposa de aquel bondadoso caballero, encontré algunos días después de los sucesos que acabo de narrar, al Coronel de las fuerzas del Tolima, señor S. Guzmán, abrasado de fiebre originaria de una grave y peligrosa herida que había recibido en Garrapata.

—Coronel, me dijo, nosotros hemos sufrido un mismo dolor.

—¿Por qué? le contesté.

—Yo también perdí un hijo en Garrapata, mi hijo único, y su cadáver quedó en el campo enemigo, me contestó, sin quebrantamiento de ánimo.

Por egoísta que sea el dolor, no pude ménos de contestarle, conmovido y admirado:

—No, Coronel, usted ha sufrido más, infinitamente más que yo. Yo siquiera tuve el tristísimo consuelo de recoger el cadáver de mi hijo, y de depositarlo en lugar sagrado; y estoy sano del cuerpo. Usted no!

Un profundo silencio se siguió á este doloroso diálogo.

Hace pocos meses que pasé por el campo de Garrapata.

Mis ojos se secaron, cuando experimenté el dolor de tantos y tan acerbos recuerdos.

La herida de mi alma no ha cicatrizado aún, aunque le he aplicado el bálsamo milagroso de la resignación cristiana.

Poco después de que el Ejército antioqueño abandonó aquel campamento, pasé dos veces por allí.

Nada hay comparable á la infinita tristeza que se apodera del espíri-

tu cuando se visita un campo de batalla, recién pasadas estas hecatombes salvajes.

A la algazara de los campamentos y al fragor de los combates, se sucede un silencio de muerte.

En Garrapata había entonces cadáveres insepultos, huesos calcinados, restos dispersos, silencio, soledad, estrago, desolación.

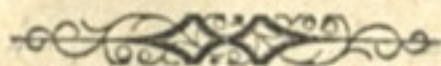
Por todas partes se veía la huella del ángel exterminador.

Hoy aquel campo, abonado con tantos cadáveres y con tanta sangre generosa, está cubierto de espesos matorrales; y hay no sé qué de melancólico y de lúgubre en su indefinible soledad.

Parece que el aire está poblado de lamentos, y que en las auras que agitan el follaje de las malezas, se oyen rumores siniestros, gritos de desesperación, ayes de dolor, quejas y, acaso, maldiciones.

¡El árbol á cuyo pié murió Emilio, muestra al viajero su ramaje seco!

Medellin, noviembre 20 de 1878.



**UNIVERSIDAD
EAFIT**

Biblioteca e
Sala de Patrimonio Documental

FAES

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100125819

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental